



HOMENAJE A DON ISIDRO FABELA

POR JAIME TORRES BODET,
*(ex-embajador de México en
Francia, secretario de Educación
Pública, poeta y escritor)*

No amengua el envejecer, cuando envejecer nos permite perseverar en el ideal de la juventud de antaño, erigiendo cada minuto sobre el esfuerzo del precedente, de acuerdo con un programa honorable y claro: el de mantenerse leal, sin desistimientos, al sentido auténtico de la Patria, y leal también a la vocación elegida a partir de la adolescencia. Así lo ha hecho el hombre bueno e inteligente a quien un grupo de amigos me invita a honrar en estas páginas de homenaje. Agradezco y acepto su invitación.

Conozco a don Isidro Fabela desde hace tiempo —tanto, que lo podría contar por lustros... El había ocupado ya puestos de singular importancia en la administración pública del país. Yo empezaba, apenas, a tratar de servirlo modestamente. Ambos, sin embargo, nos sentíamos atraídos por un mismo concepto de las responsabilidades de la cultura: las que exigen, de cada hombre, un propósito de armonía entre lo propio y lo universal.

Me interesaron, desde el primer encuentro, su curiosidad, su entusiasmo, su deferencia. Poseía un talento raro: sabía escuchar, incluso a los más humildes.

Sus lecturas, tan extensas como diversas, le deparaban un horizonte de perspectivas espirituales muy promisorias. Jurisconsulto, diplomático y escritor, no desdeñaba el placer de las bellas artes, ni la devoción por las bellas letras. En su biblioteca y en su charla, poetas y tratadistas alternaban amable y constantemente.

Hispanista sincero (y no de la “España negra”), pero convencido a la vez del valor que ilustra el pasado precolombino de nues-

tro pueblo, don Isidro Fabela ha sentido siempre la misión liberal de América y, dentro del Continente, la voluntad iberoamericana, la que Bolívar enalteció con su ejemplo heroico. De allí la intención y la dimensión de su labor de internacionalista: hombre de derecho, sin duda, y, necesariamente, de gabinete. Pero, al mismo tiempo, hombre de tribuna. Orador en ella: palabra férvida y persuasiva. Y, en el diario y en la revista, como en el libro, pluma robusta, segura y fiel.

Esa palabra, esa pluma, esa acción vital han acatado incansablemente los deberes mayores que marca a todos los ciudadanos la voz de México. Como encargado de las relaciones exteriores de la República, en momentos de riesgo muy evidente, y como nuestro representante ante la extinta Sociedad de Naciones en días aciagos para la dignidad y la libertad del mundo, don Isidro Fabela se distinguió por su intrépido patriotismo y por su inquebrantable entidad moral. Igualmente se distinguió como gobernador del Estado de México, donde —con celoso ardimiento cívico dejó de su tránsito muchas huellas, entre las cuales no olvidaré las numerosas escuelas que mandó edificar y que atestiguan su pasión generosa de educador.

Defensor de nuestra soberanía, no cedió nunca a las tentaciones oportunistas. Y, en la defensa de semejante soberanía, a la que dedicamos nuestro destino, supo usar esas “armas de luz” que sólo dan a los hombres la certeza de la razón y la plenitud del convencimiento. Nacionalista como el que más, su legítima aspiración de justicia internacional hubo de conducirlo a uno de los sitios más prestigiados en la organización incipiente de esa justicia. Así fue electo Juez de la Corte que tiene su sede en La Haya.

Concluidas las funciones que un cargo tan significativo le impuso le vimos reintegrarse sin la menor jactancia a sus tareas habituales de abogado, de hombre de letras y de servidor incesante de la cultura.

Cincuenta años de abnegación a México son testimonio de la rectitud de su conciencia y de la entereza de su carácter. En días en que el olvido suele empolvar tan injustamente ciertos laureles, causa profunda satisfacción advertir con cuánta espontaneidad un recuerdo afectuoso y admirativo se proyecta sobre esta vida, a la que me complazco en reiterar, por mi parte, la expresión de mi aprecio y el tributo de mi cordial amistad.